

Gente Que Pasa

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

Vela Zanetti

Decía Proust que Combray entero y sus alrededores, pueblo y jardines, que iban tomando forma y consistencia, salía de su taza de té.

Esto puede ser un dato sustancial para identificar la naturaleza de su modo de hacer literario, de la misma manera que si decimos que la pintura de Vela Zanetti sale ardiendo de las entrañas de su pipa.

Tiene Vela un aspecto de capitán de barco ballenero, de viejo pelotari vasco. Su vitalidad, así como la capacidad creadora que ha de poner en actividad cada día, le impulsaron a pintar murales, que es una labor para titanes.

(No podemos imaginarnos a Vela Zanetti con una caja de acuarelas en la mano.)

Salió joven de León y recorrió América en todas direcciones. De muchas ciudades que ha visitado tiene una idea panorámica, porque las

observó desde lo alto de sus andamios, que es una forma de sintetizar las ideas que tenemos sobre un país. Este mismo sistema lo ha seguido, por lo que hemos visto, con los paisajes y con las personas, de modo que tiende a un lenguaje expresivo, hondo y de gran fuerza.

Realizó en América quince exposiciones individuales y vuelve al cabo de los años con cien murales sobre sus espaldas. Esta aparente barbaridad de que trae los cien murales a cuestras tiene su doble intención, o en argot de artillero, su espoleta retardada. Porque Vela Zanetti, al acercarse al caballete, ha tenido que luchar para liberarse de la influencia de su técnica de muralista. Y comenzó lo que él ha dado en llamar su reválida de artista.

Su exposición del Circulo de Bellas Artes de Madrid —1963— era eso: un intento de huida desesperado, apasionante en cada

lienzo. Por eso, aunque su nombre sonaba en Madrid con nueva ortografía, la crítica madrileña le concedió la medalla de oro Eugenio D'Ors.

Un leonés que se va un día y decide volver a su tierra no puede ser sospechoso. Vela Zanetti echó ancla para los restos, y aquí está inmerso en el fenómeno español que le resulta apasionante.

La exposición que presenta ahora en Madrid es una obra que transpira vitalidad. En conjunto, su temática, podría ser el reportaje plástico de un día en cualquier medio rural. Es el hombre asomado a la ventana; los niños aislados que juegan sin juguetes, con el elemento directo, que es la tierra misma; los trabajadores que van o que vuelven; el hombre cargando un saco; las travesías olvidadas al margen de la vía del tren; la estación rural con sus

hierros y sus luces violentas...

Es un mundo marginado, lejos de lo que se entiende por pintura social, aunque si tiene comunicación humana.

Los colores de Vela Zanetti son de una sobriedad templada; una materia transpirada, usada, auténtica, de manera que el tiempo ha pasado por el tejido de los trajes rurales lo mismo que por los rostros de esas mujeres y de esos hombres que pinta.

León recibió a Vela Zanetti con cariño, de la manera más digna que se puede acoger a un artista, que es facilitándole la posibilidad de realizar su mensaje. Allí se encerró a vivir últimamente y de esa etapa quedan seis murales en el Instituto Fierro, la Vasco Hullera Leonesa y el Conde Luna.

(Foto Alvaro Delgado.)



PUEBLO, 25 ENE. 1967.